

Enric Juliana

ESPAÑA: EL PACTO Y LA FURIA

arpa

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. 2004 VIVE EN 2024	13
2004	
<i>El trauma</i>	19
2005	
<i>El matrimonio gay y el nuevo Estatut</i>	41
2006	
<i>La fronda contra el nuevo Estatut. Cae Pasqual Maragall</i>	61
2007	
<i>La negociación para el final de ETA</i>	85
2008	
<i>José Luis Rodríguez Zapatero vuelve a ganar las elecciones</i>	103
2009	
<i>Empieza una grave crisis económica</i>	125
2010	
<i>Zapatero se rinde a la exigencia alemana de austeridad, el TC recorta el Estatut y provoca una herida en Catalunya</i>	149

2011

Surge el 15-M, se disuelve ETA y el PP gana las elecciones por mayoría absoluta 175

2012

Los socialistas conservan Andalucía, el PP comprueba la profundidad de la crisis y el nacionalismo catalán entra en modo «procés» 211

2013

Los casos de corrupción horadan la confianza de la sociedad en las instituciones. Crecen el desapego y el malestar 253

2014

Podemos irrumpe en las elecciones europeas, el rey Juan Carlos abdica y Catalunya celebra una consulta, medio tolerada. Pedro Sánchez, nuevo secretario general del PSOE 281

2015

La ola Podemos provoca un tsunami en las elecciones municipales, Rajoy pierde la mayoría absoluta a finales de año y se abre un panorama muy incierto 311

2016

Pedro Sánchez se niega a facilitar la investidura de Rajoy, se repiten las elecciones, el PP mejora posiciones, Unidas Podemos no logra superar al PSOE, Sánchez es defenestrado 339

2017

Sánchez gana las primarias y vuelve a ser el líder del PSOE. Estalla definitivamente la crisis en Catalunya. Referéndum, proclamación de independencia, artículo 155 y elecciones que vuelven a ganar los independentistas 367

2018

Moción de censura contra Mariano Rajoy. Pedro Sánchez, nuevo presidente del Gobierno 423

2019

Elecciones generales, autonómicas y europeas. Gana el PSOE, pero Sánchez no quiere pactar con Podemos. Se repiten las elecciones y Sánchez debe pactar con Podemos. Irrumpe Vox con fuerza 453

2020

El primer gobierno de coalición (PSOE-UP) desde los tiempos de la Segunda República se estrena con una pandemia que obliga a paralizar el país 485

2021

Sigue la pandemia y empieza a pasar factura. Díaz Ayuso se entroniza en Madrid apelando a la libertad de salir de cañas. Se pactan los fondos europeos de recuperación. ERC accede a la presidencia de la Generalitat de Catalunya 515

2022

Crisis en el Partido Popular. Pablo Casado se ve obligado a presentar la dimisión tras un fuerte enfrentamiento con Isabel Díaz Ayuso. Alberto Núñez Feijóo, nuevo presidente del partido conservador 551

2023

Elecciones municipales y autonómicas, voto de castigo a la izquierda, que pierde seis autonomías. Cisma entre Podemos y Sumar. Sánchez reacciona con un adelanto electoral y logra formar gobierno con el apoyo de los independentistas. Promete la amnistía 571

EPÍLOGO. VEINTE AÑOS Y UN DÍA 609

AGRADECIMIENTOS 617

Anabel

INTRODUCCIÓN

2004 VIVE EN 2024

Llegué a Madrid el 14 de abril de 2004, un mes después de la gran tragedia. Recuerdo bien la fecha y las primeras impresiones. Se cumplían treinta días de las elecciones generales de marzo y la ciudad todavía se hallaba muy conmocionada por los atentados. La herida estaba horrorosamente abierta. Me incorporaba a la redacción de *La Vanguardia* en Madrid con diez años de experiencia en la información local de Barcelona, antes y después de los Juegos Olímpicos, cuatro años como corresponsal en Roma, tiempo que añoro y que fue para mí una verdadera ampliación de estudios, y otros cuatro años como subdirector en Barcelona, en labores de coordinación. La información política siempre me había interesado, pero aquella misma noche comprendí que Madrid iba a ser una asignatura difícil.

Pasé medio año en un hotel de la calle Núñez de Balboa antes de instalarme de manera definitiva en la capital de España. Encendía la radio a primera hora de la mañana para aclimatarme y pronto descubrí las emociones fuertes a la hora del desayuno. La ciudad estaba muy acelerada. En 2004 la telefonía móvil todavía se hallaba en una primera fase de expansión, pero vertebró un decisivo movimiento de protesta durante los idus de marzo. «Pásalo», decían los escuetos mensajes de los Nokia y los Motorola entre el 11 y el 14 de aquel mes trágico. Aún no se había

puesto en circulación el concepto *fake news*, pero las trolas sobre los atentados del 11-M estaban cada día en las ondas. Las redes sociales todavía no habían organizado el mundo en tribus, pero ya habían surgido los *peones negros*, el primer movimiento trumpista antes de Donald Trump.

Aquello no fue una broma. La esposa del policía que estaba al frente de la comisaría de Puente de Vallecas se suicidó como consecuencia de la demencial campaña de acoso que sufrió su marido después de haber descubierto que una de las mochilas recogidas en la estación de El Pozo contenía una bomba que no había estallado. Una bomba fabricada con un explosivo (Goma Dos-Eco) que ETA no utilizaba. Los propagandistas de la teoría conspirativa sostenían que esa mochila había sido depositada por una mano oscura en la comisaría de Vallecas para desviar el curso de las investigaciones. Una acusación tremenda, repetida una y otra vez en los medios del circuito conservador. Magdalena no pudo más y se quitó la vida. El drama familiar del policía Rodolfo Ruiz ilustra la tremenda dureza de aquellos momentos. Unos meses después de los atentados de marzo, desde la emisora del episcopado aún se seguía defendiendo que ETA había colocado las bombas en los trenes. A medida que esa hipótesis se convirtió en algo totalmente insostenible, pasaron a otras teorías conspirativas. España es el único país del mundo salvajemente golpeado por el terrorismo yihadista en el que se ha puesto en marcha una campaña empeñada en negar obstinadamente la autoría del atentado. El núcleo rector de esa campaña, propagada por la cadena Cope y el diario *El Mundo*, se hallaba en el gobierno de la Comunidad de Madrid y contaba con la decisiva colaboración del cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española. Se intentó impugnar la instrucción judicial, lanzando una campaña de desprestigio contra el juez Juan del Olmo, que después se prolongó contra el juez Javier Gómez Bermúdez, encargado de presidir el tribunal que juzgó el caso entre febrero y mayo de 2007. Si el juicio colapsaba, se venía abajo la legitimidad de la nueva situación política. Esa era la

clave: la legitimidad del Gobierno. Veinte años después, esa sigue siendo la batalla. 2004 vive en 2024.

España, entre el pacto y la furia. Así han pasado veinte años, con más furia que pacto. La capacidad de llegar a grandes acuerdos parece haberse venido abajo ante el empuje de la furia, activada y multiplicada por los nuevos dispositivos de comunicación e interrelación social: las redes sociales y unos medios de comunicación entregados al gatillo fácil por la desintegración de las audiencias estables de antaño y la fragmentación del mercado publicitario. Más furia que pacto, es verdad, pero citaría unos cuantos acuerdos importantes de estas dos últimas décadas. Vamos a verlos.

En primer lugar, la reforma del artículo 135 de la Constitución, con un nuevo redactado que da prioridad al pago de la deuda. Es la ofrenda que José Luis Rodríguez Zapatero efectuó ante el altar de la austeridad alemana en septiembre de 2011 para no concluir su mandato con una reforma laboral que habría destrozado electoralmente al PSOE. El Partido Popular suscribió inmediatamente esa reforma. No podía negarse.

Otro acuerdo de calado fue el pacto implícito entre los dos grandes partidos en la aprobación de la ley orgánica de abdicación del rey Juan Carlos I, en junio de 2014, que facilitó un delicado paso que no se hallaba convenientemente reglamentado. No era un mero trámite y los nervios estaban a flor de piel. El malestar ya era muy visible en la sociedad española. La crisis había golpeado duramente a mucha gente y los casos de corrupción se amontonaban. En las elecciones europeas de mayo de aquel año, PP y PSOE no superaron juntos el 50 % de los votos. Por primera vez desde la restauración de la democracia, los dos partidos principales no sumaban una aplastante mayoría. Un joven partido de la impugnación llamado Podemos, prácticamente desconocido hasta la campaña de mayo, había obtenido un resultado sorprendente en aquellas elecciones. El PSOE se podía haber puesto de perfil ante la crisis monárquica, pero no lo hizo. Alfredo Pérez Rubalcaba trabajó a fondo para asegurar el pilar

socialista en el puente entre Juan Carlos I y Felipe VI. Con un discurso magistral en el Congreso, Pérez Rubalcaba fue el Lord Protector de la abdicación.

Tercer acuerdo importante: el apoyo socialista a la aplicación del artículo 155 de la Constitución en Cataluña después de los hechos de octubre de 2017, que culminaron con una supuesta proclamación de independencia que nadie intentó aplicar en las horas siguientes. Los populares disponían de mayoría absoluta en el Senado, pero el apoyo del PSOE era imprescindible para que la intervención de la autonomía catalana, medida inédita, no fuese leída como una reacción exclusiva de la derecha española ante la crisis institucional suscitada desde Barcelona. Los socialistas apoyaron la aplicación del 155 en Cataluña y su principal condición fue que no se interviniesen los medios de comunicación públicos de la Generalitat. Esa prudencia fue aceptada por el Partido Popular a cambio de tener al PSOE a su lado en aquel crítico momento. Se destituyó al Consell Executiu de la Generalitat y el presidente del Gobierno español, en virtud de los poderes que le confería el artículo 155, convocó elecciones al Parlament de Catalunya. 27 de octubre de 2017.

Esa contención fue desbaratada semanas después por la furia que había penetrado en los aparatos del Estado ante el «desafío» catalán. Los principales dirigentes del independentismo fueron acusados de haber cometido un delito de rebelión, lo cual permitió encarcelarlos de manera preventiva durante un largo periodo de tiempo. La acusación de rebelión decayó durante el juicio ante el temor de la alta magistratura española a no pasar el examen de Estrasburgo (Tribunal Europeo de Derechos Humanos). Las elecciones catalanas convocadas por Mariano Rajoy se llevaron a cabo con políticos catalanes en prisión y con el presidente destituido, Carles Puigdemont, reclamando la legitimidad desde Bruselas. No era el escenario imaginado desde el Ejecutivo. Habían pulsado el botón del 155 de común acuerdo con el PSOE, pero no pudieron controlar todas sus consecuencias. Determinados sectores del aparato del Estado decidieron acentuar su

«autonomía» después de escuchar el discurso del Rey el 3 de octubre de 2017. Autonomía de los aparatos del Estado ante una grave crisis orgánica. Este es un hecho del que conviene tomar nota para interpretar correctamente lo que pueda ocurrir en España en los próximos años.

Cuarto pacto. La aprobación de la nueva legislación laboral en febrero de 2022, con el decisivo apoyo de la gran patronal española. La nueva reforma laboral corregía el marco de precariedad impuesto durante la crisis económica. Lo corregía, no lo eliminaba. Los sectores más pragmáticos del PP, encabezados por la exministra de Trabajo, Fátima Báñez, apoyaban la reforma. El Partido Popular, entonces dirigido por Pablo Casado, no la votaría, porque intuía la posibilidad de derrotar al Gobierno a la vista de las disensiones en la mayoría parlamentaria. Por distintas razones, EH Bildu y Esquerra Republicana disentían de la propuesta del Ministerio de Trabajo. El PNV no podía dejar sola a Bildu en la defensa de un marco diferenciado de relaciones laborales en Euskadi. Disconforme con la táctica seguida por el Ministerio de Trabajo, Podemos votaría a favor, con frialdad en el gesto, mientras su grupo dirigente hablaba diariamente con ERC, según reconocería más tarde el diputado Gabriel Rufián. La derrota de aquella ley habría supuesto la dimisión de la vicepresidenta Yolanda Díaz, que a su vez se estaba «autonomizando» de Podemos. Los negociadores socialistas calcularon mal los apoyos y en aquella emboscada podía haber muerto el propio Sánchez. El voto despistado del diputado popular Alberto Casero salvó al Gobierno y puso al PP en ridículo. El pacto triangular con los sindicatos y la CEOE se mantuvo en pie. Al cabo de un mes, caía Pablo Casado, vituperado en la calle Génova por las furiosas bases de la derecha madrileña.

Pacto y furia. El banco de la furia tiene muchos cuentacorrentistas en este país y es del todo evidente que el tono de la bronca ha subido hasta límites difícilmente tolerables. Posiblemente el oído del ciudadano medio se ha ido acostumbrando a ese ruido. Pero también se pacta en España. El pacto es hoy norma en

España, puesto que todas las expresiones políticas del país, todas, se hallan presentes en el Parlamento. Todos dentro. Se pacta entre afines y no tan afines. La permanencia o no de Junts per Catalunya y el Partido Nacionalista Vasco en el bloque que actualmente apoya al PSOE será clave en los próximos años, si el binomio PP-Vox no logra alcanzar la mayoría absoluta en futuras elecciones generales. «Algunos estamos saltando las murallas para mirar al otro lado», me decía un destacado dirigente del Partido Popular el 24 de agosto de 2023, mientras Alberto Núñez Feijóo aún soñaba con una improbable investidura. Después vino José María Aznar y mandó parar. Saltar la muralla o embestirla, esta es la cuestión. Furia o pacto.

Pacto y furia aparecen en el título de este libro como síntesis, como desequilibrada síntesis, de lo que ha sido el largo y convulso periodo que va desde los atentados del 11-M a la ley de amnistía. Después de dos décadas de intenso trabajo en la capital de España, ofrezco al lector mi visión de lo que han sido estos veinte años, en los que hemos sufrido una grave crisis económica, hemos sido recluidos en casa por una epidemia, hemos escuchado de cerca nuevos tambores de guerra y nos hemos aproximado al umbral de vertiginosos cambios tecnológicos mientras las cerezas maduran en enero.

Madrid, 29 de enero de 2024

2004

En el principio fue la mentira.

A primeros de marzo de 2004, España se vio sacudida por uno de los más salvajes atentados contra la población civil cometidos en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. 11 de marzo. Recuerdo el sobresalto que tuve en casa, en Barcelona, al oír la noticia por la radio. Era terrible lo que había sucedido, desconcertante. Mi hija mayor, Marta, se hallaba aquellos días de viaje de final de curso en Madrid. Fueron momentos que no olvidaremos nunca. Consternación, angustia y sentimientos de culpa: también un silente sentimiento de culpabilidad entre quienes en Catalunya, y en otras partes de España, apoyaban el diálogo con ETA para acabar definitivamente con el terrorismo.

Unos meses antes, a principios de enero de 2004, el recién estrenado *conseller en cap* de la Generalitat de Catalunya, Josep-Lluís Carod Rovira, líder de Esquerra Republicana, se había reunido en Perpiñán con dos dirigentes de ETA (Mikel Antza y Josu Ternera) para hablar del futuro. La celebración de esa reunión fue conocida por el servicio de inteligencia español, siendo filtrada al diario *ABC* pocas semanas antes del inicio de la campaña de las elecciones generales. Un aliado del Partido Socialista se había reunido con ETA. José Luis Rodríguez Zapatero vio peligrar su carrera política y el gobierno tripartito de Pasqual

Maragall en Catalunya estuvo a punto de naufragar. Carod dimitió y Esquerra quedó tocada.

Hay que tener en cuenta ese acontecimiento para entender mejor la reacción del Gobierno Aznar ante los atentados de Atocha. Si ETA había puesto las bombas en los trenes, la izquierda española estaba hundida. Se trabajó desde el primer minuto para afianzar la autoría de ETA ante la opinión pública. El Gobierno quiso que la manifestación de repudio en Madrid —dos millones de personas, una de las mayores concentraciones humanas que se recuerdan en la capital de España— estuviese encabezada por una pancarta que exigía lealtad a la Constitución. «Con las víctimas, con la Constitución, contra el terrorismo». Ese lema dibujaba sutilmente un dedo acusador contra quienes proponían la reforma del marco constitucional.

Fueron días terribles. El lenguaje divisivo del ministro del Interior, Ángel Acebes, cada vez que comparecía ante los medios. Un relato oficialista muy abrupto, sin mirada compasiva, poco profesional. Las primeras dudas sobre la autoría del atentado. El progresivo desmoronamiento de la versión oficial a medida que la investigación apuntaba a la pista *yihadista*. El «pásalo» de los teléfonos móviles y las protestas ante las sedes del Partido Popular durante la jornada de reflexión. Finalmente, el vuelco electoral, en buena medida propiciado por la alta participación en Catalunya. Cuatro días que conmocionaron España y que aceleraron el irremediable carácter fratricida de su política para los siguientes veinte años. Porque en el principio fue la mentira.

Al cabo de un mes me hallaba en Madrid con el encargo de sumergirme en la crónica política de un país consternado. *La Vanguardia*, entonces dirigida por el periodista José Antich, fue el único gran diario de difusión general que no adjudicó el atentado a ETA en su portada. Fuimos prudentes. «Al Qaeda se atribuye el atentado e Interior sigue señalando a ETA», decía uno de los subtítulos de la primera página del día 12 de marzo. «Las pruebas apuntan a Al Qaeda, pero el Gobierno insiste en ETA», se podía leer en el faldón de portada del día siguiente, sábado 13.

La portada del domingo certificaba la dura realidad: «Al Qaeda confirma la autoría del 11-M en víspera electoral». Fuimos prudentes y los seiscientos sesenta kilómetros de distancia entre Barcelona y Madrid nos ayudaron a serlo.

En el principio fue la mentira. Los vencedores de las elecciones consideraban que su victoria era fruto del justo castigo de la sociedad española a un Gobierno que había mentido a conciencia en la más extrema de las circunstancias, primero, para intentar obtener un aplastante rédito electoral, y después, a medida que la versión oficial se desmoronaba, para evitar la derrota. Los perdedores, humillados y desconcertados, también se creían víctimas del engaño: la oposición habría conspirado con sectores de la policía para transmitir a la sociedad que el Gobierno, desbordado por los acontecimientos, les estaba engañando deliberadamente en aquellas horas trágicas.

En el principio fue la mentira. Llegué a Madrid el día 13 de abril, víspera de la investidura de Rodríguez Zapatero. Durante mis primeros tiempos en la ciudad, pernocté en un hotel. Fueron seis meses de desayunos solitarios con la prensa desparramada sobre la mesa y la radio encendida en el baño. No salía de mi asombro al comprobar como algunos destacados medios de comunicación seguían insistiendo en la autoría de ETA, moviendo astutamente el relato hacia una zona gris en la que todo eran suposiciones. Una «mano negra» habría movido los hilos del atentado, para cambiar el rumbo político de España. Lo cual venía a significar que el nuevo Gobierno no era «legítimo». Ese era el eje narrativo. Veinte años después ese sigue siendo el guion principal.

En el principio fue la mentira. Nos estaban ocultando la verdad, sostenían los defensores de la teoría de la conspiración, e incluso surgió un movimiento organizado alrededor de esa paranoia: los denominados *peones negros*. Las dinámicas de manipulación social que hemos visto eclosionar de manera salvaje en Estados Unidos, Brasil y otros países estos últimos años, se experimentaron en España cuando aún no existían las redes sociales y el modelo más avanzado de teléfono móvil era el Motorola

RAZR V3, en aluminio anodizado y con dos cuerpos en forma de concha. El sistema Android aún no había llegado. El principal vehículo conductor de las *fake news* a la española eran las arengas radiofónicas. La emisora propiedad de la Conferencia Episcopal, entonces presidida por el cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid, destacaba en esa labor. En el principio fue la mentira.

Y en el principio de mis crónicas madrileñas estuvo Atocha. El altar de Atocha. Me impresionó mucho cómo el Estado no sabía muy bien qué hacer con las muestras de condolencia que centenares de personas habían depositado en el vestíbulo de la estación de cercanías. Flores, mensajes escritos en un pedazo de papel, fotografías, osos de peluche, bufandas... Sacudido por el atentado, quebrado moralmente por la lucha partidista, desorientado por el súbito cambio de Gobierno, el aparato del Estado no había sido capaz de dar una rápida respuesta simbólica a la tragedia, no había conseguido canalizar el dolor de los familiares de las víctimas hacia el interior de un templo institucional. El altar de Atocha expresaba la profundidad de la crisis política en España, una crisis que aún no se ha cerrado veinte años después, porque en el principio fue la mentira.

EL ALTAR DE ATOCHA, LA ÉPOCA QUE CAMBIA

2 de mayo, 2004

Hay como una aparente contradicción en los primerísimos días de José Luis Rodríguez Zapatero como nuevo presidente del Gobierno. Una curiosa mezcla de veteranía y bisoñez. El PSOE ha vuelto al puente de mando como el que regresa a casa después de unas vacaciones: sabe dónde están los interruptores y qué función tiene cada palanca de ese lugar que los italianos llaman la «*stanza dei bottoni*», la habitación de los botones. Aplomo en el cuarto de máquinas, pero titubeo en la escalerilla del avión oficial. El nuevo jefe del Ejecutivo exhibe, sin tensión

aparente, la inexperiencia gestual del novato. Incluso parece que disfruta con ello.

Así como los hombres de baja estatura tienden al envaramiento cuando el poder les excita la adrenalina, los altos parecen tener una dificultad inicial con el garbo, como si no supieran muy bien qué hacer con brazos y piernas en sus primeros momentos de solemnidad. En Casablanca, Zapatero bajó del avión presidencial más atento a la pisada que al refinado boato que los visires de Mohamed VI habían dispuesto con arábiga sagacidad. En Alemania pasó revista —recibir honores militares en Berlín es un plato bastante fuerte— como flotando en un sueño. Y en París no dejó de sonreír mientras Jacques Chirac lo envolvía en una nube de halagos y perfumes. Ahí estuvo bien cuando, amablemente, agradeció los esfuerzos de Francia contra ETA, faceta que «*monsieur le president*» se había olvidado de mencionar.

O sea, que el nuevo PSOE parece maduro y verde a la vez. Los primeros renglones de su agenda están escritos con bastante claridad. No ha tardado ni un minuto en tomar la iniciativa, proponiendo a la sociedad española un curso acelerado de «desaznarización». La propia inexperiencia gestual de Zapatero, lejos de la gravedad del primer Felipe González, parece formar parte del programa: todo es como nuevo. Rotas las primeras líneas de defensa y un tanto desorientada su artillería «mediática», la exhibición de malhumor por parte del Partido Popular no hace sino incrementar la sensación fuerte de cambio de época. Oír en Madrid las proclamas radiofónicas de Federico Jiménez Losantos es estos días un placer casi sofisticado: una manera ardiente de comenzar el día; la emisora de los obispos es como un enjuague con Licor del Polo.

Todo ocurre tan deprisa... La política y la información trenzadas se han convertido en una colosal fábrica de expectativas. Cada día se vive en el Madrid político y periodístico un combate intenso y rugiente, donde los movimientos de fondo se confunden con el forcejeo doméstico y la pequeña maniobra. Es un ruido

constante que tapona otras percepciones de la ciudad. Del Madrid real —¿qué es hoy la «realidad» en una ciudad planetaria?— que se levanta a las seis de la mañana para coger el metro o el tren de cercanías, con el miedo en el cuerpo, mirando de reojo las mochilas que entran y salen.

Y ya que todo principio tiene un comienzo, no conviene olvidar esos trenes desventrados, porque en sus hierros está impreso el minuto cero de muchas de las cosas que van a suceder. Siendo así, siendo la política una maquinación extraordinaria de fantasías, ideas e intereses, es conmovedor el contraste entre las consecuencias estructurales de la tragedia y lo más visible de su rastro físico. Atocha. El altar de Atocha. Un rincón del vestíbulo de la estación de cercanías convertido en homenaje popular, donde todavía no ha intervenido el Estado, quizá porque unos se iban y los otros apenas estaban llegando.

Decenas de velas rojas y un calor pálido para quien se acerca. Flores, imágenes de la Virgen, muñecos de peluche con fotos de las víctimas, recortes de sus biografías en los diarios, una estampita de san Josemaría Escrivá de Balaguer, una inscripción anarquista en un rincón, poemas («el mundo ha cambiado tanto / desde aquella acción / nadie entiende nada / desde la explosión»), imprecaciones, sarcasmo («Alicia no está en el país de las maravillas»), amargura («una vez tuve una vida, no era fácil, pero era mía»), interrogación socrática («si tenemos que morir, ¿por qué nos matamos?»), miedo al vacío («no se acaba lo que se muere, sino lo que se olvida»). Y casi ninguna bandera española. Acaso un retal pegado a una valla. La enseña más visible es la catalana, sobresaliente en las ofrendas florales del Orfeó Català y la Orquesta Nacional de Catalunya. La organicidad catalana, densa, melosa, equidistante, formalmente constante, «*ben posada*», aquí en este rincón de Atocha, en extraño diálogo con la radical individualidad del Madrid de los de abajo. Con su soledad y desamparo. Con su extrema invocación de piedad.